

quirido nunca dura mucho, y de un lance en otro dió en la cárcel; pero salió lucido con brevedad, contando ducientos y diez, repartidos por detrás y delante; en esto paró el que querías que fuera tu marido, enseñándole á escalar casas, y harto de tí querías que te diera la mano. Mira cómo te ha dado el pago el mundo, y contempla en tu galan el que le ha dado la justicia; y pues tienes lugar, en cuanto te dejan los dolores, pide á Dios perdón de tus pecados; y las que han empezado á seguir el rumbo que esta, miren lo que hacen, y procuren la enmienda, que aunque ven sol en las bardas de su vicio, miren que se pondrá cuando mas descuidados estén.

## DISCURSO XVI.

¡Qué cosa tan cierta es ser la vanidad consumidora de la hacienda, inclinando á torpezas y destruyendo el crédito ganado, hasta que pone á uno en el mas bajo estado del mundo; y el que busca alabanza en boca ajena, suele hallar su vituperio, y el que no la busca, suele asegurarse de ser murmurado! Lo mas cierto es engendrar merecimiento con buenas obras, y con eso se adquiere alabanza segura. No consiste la bondad en el adorno exterior, en obras interiores sí: conocerse uno vale mucho, que habiendo conocimiento propio, hay cierto desengaño. Mal suena el don en quien no le merece; que gran donativo fuera el estancar los dones, sin poder llamarse el rodrigon, el paje ni la fregona, y con eso no se hubiera bastardeado tanto aquella luz de la nobleza. Pues el otro día casó una mujer á una hija con un mozo que su padre supo despedaza un carnero; y preguntándola que con quién habia casado á Mariquita, respondió que con un mozo muy bien nacido, que en verdad que tenia su madre don; la vanidad pinto, que ya sé que aunque el sapo fanfarree, no correrá, ni la mona dejará de serlo aunque se vista de chamelote. El medirse en el estado propio, contento con él, hace mucho para la quietud; el ejercicio ajeno caro costó siempre; y para ejemplo de lo que he dicho, prosiguió Juanillo, escucha á este hombre que canta, pues él mismo desengaña á otros del engaño que él tuvo; pudiendo vivir quieto, se enzarzó aspirando á caballero, de tal modo que, cuando volvió en sí, apenas sacó cosa sana del zarzal de la caballería, y salió tan herido, que tarde ha de convalecer; y pues cantando dice quién es, quien quiso ser y quien volvió á ser, escucha:

Zapatero solia ser,  
Vuelveme á mi menester,  
Que un hombre, teniendo oficio  
Y pasándolo sin justo,  
Busque trato de disgusto  
Y se arroje al precipicio,  
Mas parece aquesto vicio  
Que no procurar valer.  
Si el que tiene trato honrado  
Busca otro disoluto,  
Este mas parece bruto  
Que hombre experimentado:  
Artime tanto cuidado  
Si quiere tener placer.

Que haya quien, libre siendo,  
Se sujete á la justicia,  
Solo porque la malicia  
Así le va conduciendo,  
No puedo alcanzar ni entiendo  
Aquesto que puede ser.  
Aquel que pobre nació  
Y en humildad fue criado,  
En viéndose algo sobrado,  
A caballero subió;  
Su acabamiento buscó,  
Por no saberse abstener.  
Si el tiempo da desengaño  
A cualquiera que nació,  
La culpa la tenga yo  
De haber buscado mi daño;  
Y pues conozco el engaño,  
Que solo estuvo en querer,  
Desengáñate, cuitado,  
Que no hay tal como tu oficio,  
O usar del ejercicio  
En que estás habituado,  
Mirando al tiempo pasado  
Cómo acabó tu poder,  
Zapatero solia ser.

Este, dijo Juanillo, es zapatero; vióse con alguna hacienda, mas que mediana, y con una hija de razonable cara, enseñada á galas, como tenia con qué; y pareciéndole que casarla con oficial lo tendria su hacienda á mucha mengua, la casó con un paseante enredador, porque decian que era muy bien nacido el señor don Fulano, dándole con la hija la mayor parte de la hacienda, y poco á poco se la dió toda; él tuvo tan buena maña, que en breves dias dió fin á toda; y pareciéndole á este cuitado loco que un yerno con don y sangre colorada no era razon tener un suegro zapatero, arrió las hormas, dándose á la caballería de don Quijote, sin mas ni mas, y sin reparar que lo que él tenia por ámbur, oían otros cerote, se prendió un don cosido á dos cabos, como quien sabia tan bien; pero acabada la hacienda, el yerno dejó á la mujer, y el padre sin poder sustentarla la puso á servir, y él volvió á su tarea antigua, y ahora hacen burla dél los de su oficio, pues en cualquiera ocasion le llaman don, y á él, aunque está caído, no le suena mal.

Mira tú, amigo Onofre, si el conocerse uno sirve para alivio de la vida, pues si este hiciera reparo en que era un zapatero, y como tal habia de obrar, tratar y ser tratado, y con humilde discurso dar estado á su hija con igual, pues el casarla con otro zapatero no la deslucia de quien era, y si lo hubiera hecho, viviera mas descansado; mucho arrastra y acaba el poder el querer ser caballero, y el pobre que no nació para ello, pues le pone en estado tan bajo, que llega á pedir limosna, siendo causa el querer tener ostentacion como el que puede romper mas que vale su caudal, gozar de galas cuantas fiestas hay, no descuidarse con los mejores bocados que entran en el lugar, y á pocos lances volvemos á lo que antes, á coser ó á remendar, y haciéndolo continuamente sin aspirar á fundar torres sobre poco cimiento, viviera el hombre pobre quieto, considerando el que no nació para mas que pobre y medirse como tal.

Vamos, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, acercándonos á la posada, pues ya la hora llama á recoger al

sesiego, que en el camino no faltará en qué detenernos; y así, es menester abreviar el paso, que la mejor fiesta nos aguarda en casa, que ya se irán recogiendo los huéspedes, pues falta poco para las doce, que siendo tu posada cerca de la mia, como lo es, bien puedes gozar un rato de la fiesta que tiene dispuesta aquella tropelia mendiga. Siguió Onofre, y antes de llegar, en una casa baja, y al parecer de poca vivienda, oyeron que á un tiempo sonaban dos contrarios acentos, pues el uno repetia llanto y tristes voces, y el otro alegría y bulla. Suspensos quedaron los dos amigos oyendo lo que oían, sin poder saber la causa, hasta que de la casa salió un muchacho cantando seguidillas al ruido que hacia tocando en un jarro con los cuartos que llevaba á depositar en casa del aguador legitimo; y preguntándole la causa de su alegría, respondió que habia nacido en su casa un niño, y sin decir mas se fué, á tiempo que salia otro llorando y limpiándose á las mangas las lágrimas y mocos. Padre mio, dijo mal pronunciado así que vió gente, sin darle lugar la fuerza del sentimiento para mas razones, pues aprisionada la lengua con el ansia, la faltan fuerzas para quejarse. Preguntóle Juanillo: ¿Qué has, niño, que así te congojas? ¿Quién es causa que tan tiernamente lloras? A que respondió el muchacho: Mi padre, que se ha muerto, es quien causa mi pena. Tantas fueron las lágrimas que acudieron al tierno varon, que sin poder hablar mas palabra, se fué; cuando vieron que una mujer salia de la propia casa cargada con un esportillo, unos fuelles, un alnife y un barreno á quemar las pares de la que habia parido, diciendo: ¿Qué mas desengaño quiere el que nace de lo que oye? ¡Oh mujer, dijo Onofre, si sientes como dices, qué bien sientes! ¿Qué mas desengaño para el que nace que llorar al instante, sin tener en toda la vida cumplido descanso, y para asegurárselo mas á este que nace, oye entre la queja de mortal el último acento de la vida, causada de los golpes de la muerte! Acercóse Onofre á la mujer preguntándola la causa de todo lo que se oia y via, á quien respondió: ¿Qué quiere usted que sea en el mundo mas de trabajos, sustos y aflicciones? En esta casa ha nacido uno á tiempo que otro ha muerto, y por hacer el mundo de las suyas, llora la que ha perdido á su marido, el padre á quien ha venido el hijo le hace reír el alborozo, sin reparar nadie mas de en su provecho y su gusto, pues aquí donde hay alegría con el recién nacido, poco sienten el pesar de los que lloran al difunto; la que ha perdido al esposo llora su pena y pobreza, pues aunque mas la animan, siente la falta de su compañía, sin tener con qué enterrarle, si no es valiéndose de la misericordia que acude á los pobres; y la que ha parido, viendo á su esposo contento con el hijo deseado, tambien se conoce en ella alegría. En fin, valle de lágrimas, pues á este que nace llorando, mañana le llorarán su muerte, ó él llorará la de sus padres, que hoy le están cantando la gala por recién venido. En el inter que la mujer habia hablado, ya la lumbre encendi-

da iba quemando las pares, y los dos amigos huyendo del humo se ausentaron, y á pocas casas mas arriba oyeron el algazara de una mujer que estaba enseñando á hablar á un tordo, á cuyas enfadosas liciones se puso á reír Onofre. Y Juanillo, que conoció la causa, le dijo: ¿Oyes? Esta mujer tiene granjería en esto de criar tordos y perrillos, y el otro dia se le perdió un perrito, y gastó mas de cincuenta reales en pregones; y viendo que no parecia, trajo novenario á san Antonio para que se le deparase; y no es sola esta mujer, que hay muchas en Madrid que tienen librado todo su gusto en los perritos de falda, y llega á tanto su desvergüenza y poco miramiento, que cuando están las perritas salidas, que tambien lo deben de estar ellas, pues tal hacen, las tienen en el inter que el perrito de mi señora doña Fulana las cubre. Mejor fuera que los ratos que gastan en estos entretenimientos los emplearan en rezar por las almas del purgatorio, y reparar que el pregonar á un perro y traer novenario por él no son cosas que agradan á Dios ni parecen bien á nadie, si lo miran con cristiana atencion. Aquí llegaban los dos amigos, cuando oyeron una voz tan delicada y suave que cantaba tan cerca de donde ellos iban, que Onofre conoció era de mujer en lo cariñoso de su eco y quiebro de su voz, y deteniéndose á una ventana donde salia la voz, oyeron que decia así:

En un espejo, á cuya Luna eclipsada vió Laura aquella belleza Que amor tanto admiró, Y con lágrimas tristes, Sentimiento y dolor, Así contempla y llora Las horas que perdió. Ya solo aquel reflejo, Que el metal azogó, Mirando su hermosura Mortal, así empezó: Si toda humana rosa En lo que yo paró, Pues el tiempo atrevido Su beldad ultrajó, ¿Qué importa la deidad, Si postrada se vió, Aunque andaviere un tiempo Muerto por ella amor? Aliende, desengaño, Aunque tarde, á mi voz, Y mira que esa luna Dice que ha muerto al sol. Si este pelo es de quien Amor flechas labró, El tiempo con su sitio Barbacana formó. ¿Ay de mí, si esta frente Es la vaya en quien dió La edad tantas batallas, Ella misma venció! Si sois vosotros, ojos, Quien de amores mató, Hoy á vuestras pestañas Dió asaltos con rigor, De miedo os escondéis, Como falta el valor.	Pues no hay seguridad En quien mortal nació. Mejillas, que la rosa En vosotras halló Colores que envidiar, Y uniones que admiró, Entre vosotras reina Cárdeno lirio hoy, A trechos descubriendo El alelí el color. Qué es de tanta blancura, Que entre pechos formó Alabastro envidioso, Nieve con suspension. Esa boca, en quien hizo El clavel particion, Y en tan breve resquicio Esparcio su valor, Pálida y amarilla Rasgada la dejó, Porque ve que la faltan Las perlas que la dió. Y las que han quedado Toman triste color, Que acción de buen criado Es dar gusto al señor. Si la humana hermosura Este fin esperó, Porque cuando podia Tampoco reparó. Si pensó de inmortal, En todo se engañó; Pues no hay cosa en la vida Que tenga duracion. Y si de lo que fui Solo el que fui quedé, ¿Qué aguardo que no arroja Lágrimas de dolor?
--	--

Aquí acabó con harto sentimiento de Onofre, pues habia sido parte su voz para que suspenso hubiese reprimido mas de una vez las lágrimas que surtian á los ojos, á querer mostrar que sentian, como quien can-

tando lloraba, y rompiendo el silencio, dijo así: ¿Eres ángel, ó eres mujer? Eres mujer, ó eres desengaño de la mayor hermosura, que así suspendes con tu voz y avisas del fin tan cierto que nos espera? ¿Quién eres, cuidado, que así despiertas? Centinela que velando detienes el paso á las vanidades, ¿quién te alienta que así elevas el alma? Confiésote, amigo Juan, prosiguió Onofre, que me ha enternecido el alma esta voz de un espíritu desengañado del mundo. Pues para que de veras te admires, dijo Juanillo, escucha, oirás el mayor prodigio de la honestidad. Esta que ha cantado es una doncella sola, á quien dejaron sus padres en tierna edad porque les forzó á ello la muerte, y se ha sustentado hasta hoy con la labor de sus manos; y aunque la han salido muchos casamientos, no ha sido posible acetar alguno ni consentir que la vean la cara, y si alguno se la ve, lo tiene á grande milagro, admirando en ella la mayor hermosura y la mayor honestidad, y todas las noches está velando hasta esta hora de las doce, y luego reza maitines antes de recogerse. Suele acompañarla una buena señora, deuda suya, que es la que sale fuera por lo necesario, y esta casa se la dan para que la viva los dueños de aquella de enfrente, y si la falta algo para su persona, la socorren con mucha puntualidad, que á quien bien vive, hay en este lugar quien bien le hace, pues al paso que el torpe busca la deshonestidad para darla y alimentarla, así el virtuoso busca la honestidad para socorrerla y acudirle. Ella en fin es un ángel en la tierra, y todo cuanto canta es siempre desengaños de la caduca hermosura y edad; y así, Onofre, vuelve en tí, y vamos á la posada, que parece que estás como fuera de ser. Déjame, respondió Onofre, que no sé qué sentimiento interior ha causado esta voz en mí, que sabe pintar las ruinas que el tiempo hace en el edificio de la belleza, de cuya arquitectura solo quedan señales de lo que fué, hasta que también las señales dejan de serlo. ¡Oh bondad inmensa, si reparara el mortal en el empleo de su vida! pues en toda ella cuanto obra todo es maldades, sin atender que hasta dea á la memoria dejándola salir con cuanto quiere, sin encaminarla á la muerte, olvidándose que todos los trabajos fueran gustos conformándose con la voluntad de Dios; pero somos tan malos y perezosos, que solo nos animamos á seguir lo que nos daña, sin volver los ojos á la allicion de un pobre, á los dolores de un tullido, á la torpeza de un ciego, á la miseria de un huérfano, á la tristeza de una viuda, á las necesidades de una pobre doncella recogida, á las cuitas de un enfermo, á los llantos de un hospital, ni al que va cantando en un ataúd, sin haber duda en que habrá sido nuestro amigo y comido y bebido con él pocas horas antes; á todo tapamos oídos y ojos, abriéndolos solo para nuestra perdicion, por mario alas para ella como la hormiga, empleando el oído en cosas ilícitas y profanas, y no en liciones de buen vivir, sin reparar á lo que huele la tierra de una sepultura, donde solo vive la verdad y adonde tiene seguro lugar todo este ser que nos anima. Muy bien estoy, dijo

Juanillo, con todo lo que has dicho, pero déjalo por ahora y sígueme. Obedecióle Onofre, y al volver de una esquina oyeron unas quejas lastimosas, que atendiendo á ellas, conocieron ser de mujer, y alargando el paso Onofre, vió una en cuerpo y con poca vestidura que la adornase, pues á la luz de la luna reparó que para estar en camisa no la sobraba nada; y preguntándole la causa que la movía á semejantes quejas y peticiones de favor á tal hora, en la calle, tan falta de vestidos, á que respondió: Yo me tengo la culpa, pues me creí tan de ligero; hanme desnudado unos ladrones despues de sacarme de mi casa por engaños. Pues ¿cómo una mujer, dijo Onofre, sale de su casa á estas horas, sin mas atencion al decoro que se pierde en tiempo tan excusado para las mujeres? A que respondió: Yo, señor, soy comadre de las que partean, y como este oficio mio tiene obligacion á dejar la casa, el lecho y el lado de su marido siendo llamada para un parto, llegaron á mi casa dos hombres diciendo eran criados de un caballero á cuya casa suelo acudir, y me dijeron me vistiese al punto porque estaba con dolores la señora; y yo, sin examinar si eran de la casa ó no, salí con ellos, guiándome por esta callejuela, que así que entré en ella me amenazaron que el callar me daría la vida, y así me fuese desnudando, ó que ellos lo harian, como lo hicieron, dejándome como ustedes me ven; y lo que mas siento es las reliquias que me llevan; y así, por ser mujer, los suplico me acompañen hasta mi casa, que cerca es, pues en el estado que he quedado no es para poder dar un paso sola. Y movidos á piedad los dos amigos, la fueron acompañando hasta dejarla á la puerta de su casa, y prosiguiendo otra vez su viaje, preguntó Onofre á su amigo si habia muchas mujeres de aquellas en Madrid, á quien Juanillo respondió así:

De aquestas mujeres hay las que bastan; aunque el lugar es tan grande, muchas viven de su trabajo, y otras se meten en cosas graves; hay en estas muchos lazos y nudos encubiertos, mas que los que manifiesta un esparavel; son mujeres de secreto, pues saben, cuando Fulana se casa á título de doncella, si está cancelado el signo de su título y si sabe ser madre en el parir, aunque no lo haya sido en el criar; amparan en sus casas á muchas mujeres, no por ser pobres, sino es que la necesidad de quejarse de gustos pasados las hace salir de sus casas, porque no se sienta en ellas que tienen de qué quejarse. Hay otras que saben hacer parir á una estéril aparentemente, llevando consigo lo que esperan que nazca en la casa de la que tiene la barriga de trapos, y siempre andan cargadas de reliquias y piedras preciosas, como la del águila y el iman, y eso era lo que mas sentía que la hubiesen quitado los ladrones. De ordinario estas mujeres tienen por maridos hombres poco celosos, que mas que de sus mujeres, lo son de las ermitas donde lo hay bueno, y los mas son hólzanes, á título de mujer tengo que lo gana; y si no fueran estos tan buenos, mira tú cómo consintieran que otro hombre sacase á su mujer de la cama y

## DISCURSO XVII.

se la llevase, quedando ellos como atun revolcado en lo caliente; y yo conozco algunos hombres que hablan y tienden su red fanfarrona, con la hacienda y favores que adquieren sus mujeres, sin tener vergüenza de en cualquiera conversacion el decir: No temo á la fortuna en cuanto viviere mi Fulana; y muchas no son comadres, pero son parideras, y no reparan en el juicio terrible del mundo, y tambien hay algunas á quien Dios ha dado con que hacer, como hacen, muchas obras de piedad, y no niego alabanza á las buenas, que solo hablo terrible de las que por terribles lo merecen.

Entretenidos en la conversacion, llegaron á la posada de Juanillo, donde llamando á la puerta, fué abierta con grande alegría, por el deseo que tenían de su venida, á quien recibieron con alegre bulla, dándole nombre de: Bien venido, señor presidente, preguntándole quién era el que en su compañía llevaba. A quien Juanillo respondió que el señor Onofre era primo suyo, y habia de ser su huésped lo restante de la noche, dándole licencia para ello; á quien respondieron dos licenciados, destos que barren las dos ceras de una calle á un tiempo, pidiendo con grandes acatamientos y cortesías, sin perdonar casa donde no llaman ó entran, si no es menester llamar, que como son curiosos, acomodan lo que hallan mal puesto, á título de pobres, saliendo á estos cursos cuando se pone el día, que como son tan vergonzosos, porque no los vean el rostro, lo hacen, y con voz grave á un tiempo respondieron á Juanillo que como dueño podia mandar, y con la ceremonia de besar la mano y arrastrar el zapato, los fueron guiando á un aposento, donde acomodados todos, reparó Onofre que en medio del habia un púlpito grande, labrado en Alcorcon, á quien todos servian de guardas, por estar lleno de aquel licor que prestó sueño á Noé, y encima de una mesa pequeña, á quien cubria una servilleta tullida, que por eso no se habia ido á Manzanares á refrescar el color amusco, un cuchillo que estudiaba para navaja, ni bien lo uno ni lo otro, pues era un pedazo de hoja sin tronco de que asir y bien compuesto, un pan deshecho en pedazos, y á un lado una escudilla de la tierra, llena de aceitunas, aderezadas en casa de un mercader de aceite y vinagre; y despues de acomodados todos en sus asientos, no muy fáciles de quebrar, por ser humildes como la tierra, solo Juanillo se sentó en una silleta de palma, hecha por las manos de un francés, alhaja antigua en la casa, á quien faltaba poco para quebrar, por los demasiados asientos que habia hecho, haciendo sentar á Onofre á su lado; y estando todos en silencio, llamaron á la puerta con grandes golpes, siendo fuerza levantarse uno para ir á abrir, y pareciéndole al que llamaba que tardaban en responder y abrir, dijo con voz alta: ¿Están dormidos, ó es para hoy ó para mañana? Abriéronle, y vieron ser el pobre de Dios te dé Dios; diéronle alguna vaya, y sosegados, volvió el silencio, hasta que Juanillo dijo así:

Su misma ignorancia sirve al ignorante de entretenimiento, pues se ve que nunca le suena bien la agudeza de la boca ajena ni la discrecion ó razon sentenciosa; y por el contrario, al discreto le sirve de divertimento otro discreto, á quien no se harta de alabar, pareciéndole mas sabio y entendido que él, no como la alabanza del simple, que solo es de las simplezas que oye. Al perezoso sirve de alivio el día triste y encogido y la noche larga. Al diligente, el día largo, la noche corta, el buen tiempo y la buena suerte adquirida con su desvelo. Al ladron, la lobreguez de la noche, el descuido, el sueño pesado y la ignorancia, á quien como desvelado procura ofender. Al sano de conciencia sirve de alivio la honestidad, la quietud, el entretenimiento justo, el obrar bien y el acordarse de la muerte. Al rico descuidado, las fiestas, los entretenimientos, aunque sea con daño de otros, conversaciones en la usura y cómo se ha de engañar siempre aspirando á mas. El pobre no tiene mas entretenimiento, alivio ni desahogo que comunicar su pobreza y corto poder á otro pobre como él, con que un rato de conversacion los sirve de alivio y aliento para vivir. Así, nosotros, dijo Juanillo, como pobres, unos con otros nos consolamos con honestos divertimientos; y aunque poco cursados en la estudiosa poética, hacemos academias para entre nosotros no mas; y como la pobreza siempre huye de alabanza y fama, fué causa de que estos señores hayan reparado en que habia forastero que los podia impedir su desahogo, y sentado que el señor Onofre es deudo mio, con toda seguridad pueden ustedes empezar. Así lo hicieron, y para ello el que tenia oficio de secretario, puesto en pié, dijo que al señor licenciado Castellano le tocaba empezar, y que dijese lo que á su cuenta tenia; y él sin dilatarlo dijo así:

A mí, noble academia, se me encargó un soneto, en que se pregunta á una calavera dónde dejó el lucimiento que cuando vivia. Es así:

Vulto, que tienes forma de haber sido  
Rostro mortal, con ojos y cabellos,  
¿Adónde te dejaste tanto vello,  
Que te contemplo triste y denegrido?  
Dime si te quitó lo colorido  
(Pues veo que en tu frente dejó el sello)  
La muerte, y ya los ojos por no vello,  
Huyeron hasta el valle del olvido.  
Cáusete horror, viviente, lo que miras  
En este triste espejo de la muerte;  
Guia tus pasos solo á vivir quieto.  
Olvida para el prójimo las iras,  
Mira que un esqueleto te lo advierte,  
Y te tendrá cualquiera por discreto.

Así que acabó le dieron todos el victor, y Juanillo dijo á su amigo Onofre: Este que ha dicho se llama el licenciado Castellano, y este que le sigue es el licenciado Guarismo, y segun sus apellidos, es gente de gran cuenta.

Levantóse el tal Guarismo, y dijo: A mí se me encar-